

ABUELAS

- ¡Por Dios ¡ Que harán estas niñas tantas horas subidas en la troje, decía mi madre, que se llama Malena.

Este relato comienza en la troje de la casa de mi abuela Marcela, casa que mi madre heredó y a la cual nosotras acudimos siempre que hay un fin de semana o unas vacaciones, sea la estación del año que sea. El pueblo de mi abuela es uno de estos denominados de la España Vaciada. Si ella escuchara en sus tiempos este termino diría: paparruchas, tonterías..... vaciada de qué? De luces de neón, de escaparates, de ruido, de gente que anda como poseída por un cacharro que llevan en la mano y que no sueltan ni para comer.....pero tan llena de vecinos, amistad, olor a heno, sonidos de campanas.....y lo difícil que lo arreglen los señores de cuello blanco. Eso diría mi abuela, pero que lo arreglen.

Disculpad que no me haya presentado mi nombre es Marcela también, me llamo como mi abuela y soy la hija mayor de Malena, mis hermanas se llaman Soraya y Cristina.

-¡Que día de calor y aburrimiento¡ suelta mi hermana la pequeña y cuando ella habla así todos corremos peligro, porque su mente no para de diseñar historias e ideas que podemos llevar a cabo y que casi todas acaban como el rosario de la Aurora.

-Podíamos hacer algo distinto hoy, dice Cristina, mi otra hermana que parece que está siempre en otro mundo.

-¡Subir, subir a limpiar la troje, dice mi madre que nos estaba escuchando. Menudo planazo, pero mirándolo bien.....vamos a ello.

La troje de la casa de mi abuela queda en el último piso de la casa y hay que subir a ella por una escalera que tiene en las paredes fotografías de mi abuela. La recuerdo tan, tan buena, tan guapa con esos ojos siempre alegres y cristalinos y ese pelo blanco y suave con un olor a trigo, a amanecer, a campo en primavera y esa voz. Mi abuela Marcela siempre estaba canturreando canciones, unas antiguas, tan bellas, tan dulces, tan llenas de amor y de un no sé qué que a ella cuando las entonaba se la iluminaba el rostro. Recuerdo esos villancicos que nos enseñó y que aún hoy

cantamos alrededor de la mesa cuando nos reunimos en Navidad. Tenía canciones para todas las épocas del año, que llegaba carnaval, mi abuela canturreaba esa canción que decía: El martes de carnaval de guitana me vestí.....que gracia tenía cantándola, se colgaba el mantón de Manila y su almirez y a cantar en carnaval. Cantaba también” que por mayo era por mayo cuando hace la calor”.....esta siempre que la cantaba, creí ver en sus ojos que asomaban unas lagrimas que disimulaba diciendo:” este viento trae motitas que se meten en los ojos”.

-Tened cuidado con el armario, que tiene una pata quebrada, dice mi madre a voz en grito desde abajo pero ya es demasiado tarde, el armario se ha descompuesto y de sus adentros ha aparecido una cajita de música, que con el golpe ha comenzado a emitir una canción no desconocida para nosotras.¡Qué casualidad es la canción que tanto canturreaba la abuela! aquella con la que los ojos se la ponían brillantes como si llorara.

-Sí, dice mi hermana Cristina, que como ya os he dicho parece que está en otro mundo, pero creo que sabía más de lo que aparentaba. Cristina era especial por eso mi abuela la eligió a ella para ser su confidente.....!que envidia!

Muchas veces las escuché hablar durante horas y horas y cuando las preguntábamos: ¿Qué tanto teneis que contaros? Mi hermana siempre respondía:- Si vosotras supierais.....

La cajita de música conservaba todavía unas letras perfectamente legibles, aún hoy aunque ha pasado tanto tiempo puede leerse, PARA MARCELA DE RODRIGO, dice.

-Pero el abuelo no se llama Rodrigo, suelta mi hermana Soraya, que siempre ha dicho todo lo que se la viene a la boca, sin saber si hay alguien que pueda escucharla.

Y QUE, dice mi madre que se asoma por la puerta con cara compungida.

Al golpe de la caída del armario también se ha abierto un compartimento pequeño y dentro hay tres, solo tres sobres que aparentan ser cartas.

¡Vamos a leerlas! es nuestra intención inmediata pero a juzgar por la cara de mi madre no parecía una buena decisión, aunque de repente el rostro de mi madre cambia y dice: NO, NO LAS VAIS A LEER YO MISMA OS CONTARÉ LA HISTORIA DE ESTAS CARTAS.

Como veis, dijo mi madre las cartas están ordenadas por fechas: mayo, junio y.....septiembre.

¿Por qué lloras Cristina? La preguntamos a mi hermana que en un rincón de la troje se está limpiando unas lagrimas que caen por sus mejillas. Nunca os podáis imaginar la historia de amor de la abuela.

¡Ella la conocía! Quien lo diría , la mosquita muerta, era la privilegiada de aquel secreto.

Con un nudo en la garganta mi hermana Cristina nos relató que años atrás la abuela, en sus largas noches al fresco a la luz de la luna la había contado, un secreto que aquellas cartas atesoraban y que ella siempre guardó y que formaban parte de su vida, de aquel amor que llenó los días de aquel verano y aunque amó al abuelo hasta el fin de sus días, aquellos recuerdos eran suyos, y nunca quiso deshacerse de ellas, aunque ahora durmieran en aquella caja de música de aquel desvencijado armario.

- Rodrigo, le contaba mi abuela a mi hermana Cristina, fue aquel amor que llega a tu vida como una tormenta de verano, con mucho ruido, nubes, truenos, relámpagos, lluvia y que luego pasados unos minutos se desvanece, eso pasó con ese amor que se acabó, quizá por juventud, por falta de valentía o Dios sabe porqué pero que queda un regusto en el corazón que sabe a fresas con nata, que tanto la gustaban a Marcela, mi ABUELA.

La abuela vivió toda su vida entregada en cuerpo y alma a su marido y a su familia, jamás la escuche quejarse por nada ni de nadie, era todo amor y ternura y siempre recuerdo lo que nos enseñó sobre el amor, la vida, nos enseñó a tejer, lo mismo hacia un gorro que un mantel, nos enseñó a pintar, ¡como manejaba el pincel! cuando plasmaba aquellas flores en papel, parecía que la primavera entraba por la ventana de la casa. Y sus guisos, cómo no recordar aquellas lentejas, las carillas, las patatas con costilla y las paellas, roscas, floretas,.....las tortillas de patata y aquel pastel de puerros y gambas que cada año por NAVIDAD nos cocinaba con tanto amor que parecía que los ángeles lo hubieran cocinado. Siempre recordaré sus ojos alegres, vivos, transparentes, te trasmitían tanto amor, aunque alguna vez vi asomar en ellos alguna lagrima y si yo la decía : abuela ¿lloras? ella siempre me respondía: No, no hija son cosas mías.

-Mamá y¿qué fue de Rodrigo?

-Se marchó sin más, un día como se marchitan las flores o como pasa una estación del año y llega otra, sin hacer ruido, desapareció.

-Y entonces el abuelo.....

-El abuelo tiene su propia historia, pero ahora ya es tarde y requiere tiempo, otro día dijo mi madre emocionada os contaré la historia del abuelo, porque todos, todos tenemos nuestra propia historia.

DEDICADA A TODAS LAS ABUELAS, QUE SON SERES ESPECIALES.